



GEORGE SANTAYANA, *Una antología del espíritu*, edición y traducción de Antonio Lastra, Colección Obra Fundamental, Fundación Santander, Madrid, 2023, 504 pp., ISBN: 9788417264376.

Ya desde sus primeras páginas podríamos vislumbrar que este volumen no habría de leerse únicamente como una antología sino como una apología de George Santayana, cuya relativa ausencia en el marco de la filosofía del siglo XX resulta incomprensible para cualquiera que haya tratado con su polifacética obra. Esta interpretación es atribuible a su pertenencia a la Colección Obra Fundamental de la Fundación Santander, que tiene como objetivo rescatar autores españoles caídos en el olvido; sin embargo, una explicación de este tipo resulta insatisfactoria a la hora de hablar del filósofo, un extranjero allí donde vaya.

Una antología del espíritu conforma un insólito pero luminoso camino por la vida espiritual de Santayana, rica y diversa en todos los aspectos: poemas, cartas personales, ensayos, conferencias o pasajes autobiográficos. Cada capítulo, cuyo título coincide con el libro al que pertenecen los textos (a excepción de *Metanoia*), viene precedido de un breve comentario del editor que, sin pretender entender a Santayana mejor de lo que él se entendió a sí mismo, ofrece detalles que embellecen la lectura y explican el porqué de cada texto seleccionado. No sería una exageración decir que Santayana fue un hábil explorador de cuantos reinos descubrió, que nunca tuvo miedo a la pluma ni a la apariencia que pudiesen adoptar sus ideas, aunque esto supusiera que su filosofía acabase siendo leída como mera literatura.

Este volumen no podría estrenarse de otra manera que no fuera la pregunta por la represión de Santayana, tanto en la filosofía como en la literatura y cultura americanas. El lector se encuentra ante un prólogo al que debería acudir de nuevo tras una primera lectura, pues aunque la analogía entre Santayana, Ralph Waldo Emerson y Stanley Cavell —tres generaciones de la filosofía americana— sea acertada, la figura del filósofo sigue resultando insólita, difícil de imaginar por la multiplicidad a la vez que unidad de su forma. Antes de dar paso a los textos en sí, convendría recordar que la luz de Santayana eclipsa cuestiones como su nacionalidad, religión o ideología política, pues “bajo cualquier cielo en que hubiera nacido, al ser el mismo cielo, habría tenido la misma filosofía”. Si Santayana no hizo de las aulas de Harvard ni de la profesionalización de la filosofía una caverna —para un hombre que apelaba a la ortodoxia humana, ¿qué lugar en el mundo podría quedar privado de luz?—, no seremos nosotros quienes lo dotemos de epítetos que aprisionan aquello que en breve conoceremos como espíritu. Como señala el editor, sintagmas como “filosofía española” no aportan más a Santayana de lo que Santayana le aporta a ellos, porque el valor de sus obras no reside en su adhesión a América, al haber sido escritas en inglés, ni a España, cuyo patriotismo a menudo se disfraza de interés.

Metanoia, término al que Santayana dio una nueva vida, es el primer y probablemente el capítulo más dispar en cuanto a los textos que lo componen; sin

embargo, no es un impedimento para que el lector conecte con la jovialidad de Santayana. Podríamos errar y hablar únicamente en términos de intimidad al adentrarnos en su poesía —la antología solo recoge otro poema ('Los tres poetas filósofos'), pero mentiríamos si dijésemos que en la prosa de Santayana no hay ecos de su poesía— y correspondencia privada, mas la clave está en discernir que el cultivo de la vida interior no se tradujo en un desprecio del mundo y que el cambio no turbó la continuidad de su alma.

Cuando leemos a Santayana hemos de tener presente que no renunció a lo autobiográfico y que, por tanto, nosotros tampoco tendríamos por qué hacerlo; para lograr comprender el sistema filosófico que ambicionaba y que comentaremos más adelante, es indispensable identificar el punto de partida, tal y como hizo Santayana al dedicarse al estudio de sus predecesores y contemporáneos. La antología ofrece numerosos ejemplos: en 'Confesión general', Santayana da una visión retrospectiva de su educación; la lista de maestros es extensa y excede el espacio-tiempo, pues a nombres como el de William James, profesor durante su época en Harvard, añade el de poetas clásicos como Lucrecio y filósofos modernos como Spinoza, a quien dedicaría una conferencia en 1932 llamada 'Religión última'. Aunque, como declararía que siempre había odiado ser profesor, la lectura de escritos como 'Tradicición y práctica' resulta aún más curiosa. Era poco probable que alguien que adivinaba en sus alumnos un elevado y diligente espíritu y que los persuadía para que lo conservaran con vistas al presente y futuro no terminara notando los límites de la institución en la que se encontraba. Aun así, ni su declarado odio hacia la profesión ni su despedida de Harvard fueron verdaderas renunciaciones a su pedagogía, como guardar silencio o quedarse en las aulas lo habría sido.

El segundo capítulo de la antología está plenamente dedicado a la relación entre Emerson y Santayana, que ya había sido señalada por el editor. Como tal, el escrito trata de responder a la cuestión de si Emerson fue o no un filósofo, pues para Santayana “solo estamos tratando con la imaginación, con el arte de la concepción y con las diversas formas en que la reflexión, como un poeta, compone y recompone la experiencia humana”. En su opinión, Emerson no tenía ninguna doctrina y en él no encontraremos más que expresiones bellas pero de valor limitado. Aun así, Santayana no veía con malos ojos el reconocimiento logrado por Emerson ni lograría librarse por completo de su influencia, en parte porque la fundación del cargo que ocuparía en Harvard formaba parte de su legado.

Es curioso ver cómo Santayana, poeta y futuro autor de obras como *Diálogos en el limbo*, en las que la frontera entre filosofía y literatura se desdibuja, reclamaba a Emerson por motivos que a él mismo le costarían años más tarde el reconocimiento como filósofo, pues no pudo ni, probablemente, quiso librar de carácter literario a sus obras. En este volumen, la muestra más clara de su aprecio por la literatura la encontramos en la crítica a *Hamlet*, que constituye un estudio de la creación del héroe y una explicación, alejada del romanticismo, del éxito de “una historia ordinaria con una extraordinaria elaboración”. Este lado crítico de Santayana puede reconocerse en otros textos de la antología como ‘Plotino y la naturaleza del mal’ —una reseña que acabaría convirtiéndose en la defensa de que “el problema de la oscuridad no existe para un hombre que contempla las estrellas”, *i. e.* un problema artificial como la existencia del mal no existirá para naturalistas ni platónicos— y *La idea de Cristo en los Evangelios o Dios en el hombre*. La lectura que hizo Santayana de los Evangelios no fue literaria, pero la importancia que dio a la presentación dramática de la palabra de Cristo y la cuidada reproducción de los pasajes a la hora de examinarlos es innegable; aunque cuestiones como lo filosófico de la idea de Cristo, el entendimiento de la inspiración o la “autotrascendencia” dirigen el escrito.

Ecoss platónicos resuenan al hablar de la relación entre la literatura y la filosofía, por lo que no es de extrañar que el platonismo de Santayana sea otro de los puntos que distinguen al volumen: ‘Locura normal’ es un diálogo que educa a los hombres como si su autor tuviese tiempo para contar mitos. Sin embargo, es en *Platonismo y vida espiritual* donde encontramos un amplio despliegue de lo que Santayana entendió de Platón y que le llevó a afirmar que “una de esas grandes cosas pasadas es el platonismo y una de las grandes cosas siempre posibles es la vida espiritual”. Este ensayo no es solo una discusión conceptual acerca de la Idea y el Bien. Santayana trata también de Plotino, Aristóteles, el hinduismo y el cristianismo sin perder de vista su aplicación en la segunda parte del título. El estudio del platonismo forma parte del estudio del espíritu.

Hemos de prestar atención al hecho de que Santayana, respetando su “estoy en la filosofía exactamente donde estoy en la vida diaria”, no hiciera de la vida espiritual un lugar en el que refugiarse de los acontecimientos del siglo XX, pues, así como el dualismo platónico se mantenía unido por la obligación de bajar de nuevo a la caverna, la honestidad de Santayana residía en la traducción al exterior de lo que vivía en su interior. Los capítulos seleccionados de *Dominaciones y poderes* están dedicados a la democracia americana —aunque por su consistencia alcanzan cierto grado de universalidad— y constituyen el libro más político de un autor que se declaró enemigo de todas las dominaciones. Asistimos a una concisa discusión sobre la identidad y autoridad del gobierno y los gobernados, el valor del acuerdo, el compromiso y la aquiescencia o los objetivos y límites del gobierno.

Llegados a este punto, parece lícito preguntarnos por el espíritu y el por qué Santayana parece haber articulado su filosofía alrededor de este concepto. Antes de explorar *Los reinos del ser*, hemos de recordar que, como puede leerse en su temprana *La vida de la razón*, Santayana identificaba al filósofo como el cronista del progreso humano, razón por la que se propuso la construcción del sistema filosófico definido en ‘Herejía filosófica’, es decir, un sistema que no confundiese el conocimiento parcial con el total y respetase la ortodoxia humana, abandonando la sofistería y la palabrería asociadas a la filosofía moderna. Como él mismo se definía en *Escepticismo y fe animal*, Santayana era un materialista ecléctico, cuya máxima era la conservación del espíritu. Ahora bien, previo a intentarlo y como hemos podido comprobar con el platonismo, Santayana dedicó innumerables páginas a explicar aquellos puntos que no consideraba acertados en el pensamiento de los que le precedieron, a la vez que, tal y como hizo en el prefacio de *Vientos de doctrina*, reflexionaba sobre sus propios escritos y reafirmaba sus convicciones.

El resultado de la firme creencia en “una filosofía humana muda, incompleta pero sólida que prevalecía a pesar de la confusión que reinaba en el mundo” fue *Los reinos del ser*, obra expresada con un lenguaje único y con la que se proponía el discernimiento de la naturaleza. Son cuatro los reinos que conforman la realidad (materia, esencia, espíritu y verdad) y que llevan a Santayana a cuestiones epistemológicas, éticas o teológicas; sin duda, una obra que requiere del lector mucho más que el entendimiento de bellas palabras y que puede completarse con *El viento y el espíritu*, publicado póstumamente.

No seremos nosotros quienes afirmemos que el espíritu viajero de quien escribió en *Personas y lugares* que “el mundo era mi Anfitrión; yo era un huésped temporal en su ajetreado y animado establecimiento” se ha convertido ya en un último aliento.

Eric Jiayu Martos García